

TIRSO DE MOLINA, *Don Gil de las calzas verdes*, ed. Francisco Florit Durán, Madrid, Bruño, col. Anaquel 37, 1996, 254 pp. (ISBN: 84-216-2294-3)

*Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina se estrenó en 1615 por la compañía de Pedro Valdés (que aparece citado en el propio texto de la obra: «preguntad a Valdés con qué comedia/ ha de empezar mañana», vv. 2634-2635), siendo la actriz principal Jerónima de Burgos. Veinte años después se edita en la *Cuarta parte* de comedias del fraile mercedario, iniciándose así un fecundo itinerario de ediciones, refundiciones y traducciones a diversas lenguas, hasta superar hoy en día las ochenta y cinco entradas. Tampoco faltan reestrenos recientes como los de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, dirigida por Adolfo Marsillach, o el Aula de Teatro de la Universidad de Murcia, dirigida por César Oliva. Estos datos son un buen exponente del privilegiado lugar que ocupa *Don Gil* en la historia del teatro español, y no sin razón, pues aquí hallamos cifrada la fórmula casi perfecta del enredo.

Paradójicamente esto no sirvió para lograr un exitoso estreno allá por el siglo XVII: el bello y proteico personaje que es Don Gil fue encarnado por la susodicha Jerónima de Burgos, a la sazón entrada en kilos, años y arrugas, incapaz por tanto de hacer creíble el papel de una joven que, disfrazada de hombre, causa admiración a los galanes y llega a enamorar a más de una dama; Tirso se lamenta con acritud de esta infeliz circunstancia y a ella achaca su inicial fracaso en las tablas. Con todo, la comedia no ha tenido problema alguno en solventar obstáculo tan peregrino como éste y se ha convertido en un clásico dentro de los clásicos, esto es, en el típico título que nunca falta a la hora de señalar algunos hitos de nuestro teatro barroco. Y ello por méritos propios, intrínsecos a su potencial dramático.

Por eso hay que saludar con alborozo la empresa de una nueva edición de *Don Gil de las calzas verdes* que contribuya a su mayor divulgación y conocimiento, como es el caso que nos ocupa. Florit Durán, bien conocido en el ámbito de los estudios tirsianos, es el responsable de esta nueva edición, hecha con extraordinaria pulcritud y acierto. El texto, como no podía ser de otra manera, queda fijado a partir de la edición príncipe de 1635, única aparecida en vida de Tirso y merecedora de toda confianza. Los 3.272 versos de que consta ilustra-

dos al pie por más de trescientas notas explicativas que buscan «allanar las dificultades que se le pueden presentar a cualquier lector no familiarizado con las obras del Siglo de Oro» (56). Son notas tan concisas como certeras (no sobra ni una, ni tampoco quedan vacíos por rellenar) que cumplen su objetivo de acercar al lector actual a aspectos de la época áurea como son refranes y frases hechas, referencias históricas, mitológicas, geográficas, costumbristas, etc.

La edición del texto aparece flanqueada por una «Introducción» (7-56) y unas «Actividades» (221-249) que la complementan. Estos apartados están concebidos como verdaderos útiles pedagógicos al servicio de un lector-tipo que en la mayoría de los casos ha de ser un estudiante de literatura de enseñanzas medias, aunque resultan igualmente idóneos para ser aplicados en las aulas universitarias (un ejemplo: la atractiva propuesta de lectura de otros textos paralelos, que luego comentaré). Se trata en cualquier caso de unas pautas críticas marcadas de antemano por la editorial Bruño para la colección Anaquel, marco en el que se inscribe el presente libro.

De acuerdo con esto, la «Introducción» se estructura en varios subapartados que van de lo general a lo particular. «Tirso de Molina y su época» (9-21) es el primero, incidiendo en aspectos como el entorno histórico, social, cultural y estético, o el gusto del hombre del seiscientos por el teatro; no falta tampoco una apretada semblanza del carácter y personalidad de nuestro autor. El segundo subapartado es una «Cronología» (22-32) que se extiende desde 1579 hasta 1648 (nacimiento y muerte de Tirso), donde se actualizan los últimos datos conocidos de su vida, compaginándolos con los diversos acontecimientos históricos y culturales que él presencié. Llegamos así al «Análisis de *Don Gil*» (33-50), verdadero núcleo de las páginas introductorias y la parte más personal y meritoria de las mismas. Florit Durán empieza ubicando la comedia en la trayectoria dramática del mercedario: en la segunda década del siglo estaba en la fase de máxima producción: ya había escrito obras como *La villana de la Sagra*, *Cómo han de ser los amigos*, la *Trilogía de la santa Juana* o *Los hermanos parecidos*; coetáneas a *Don Gil* son las conocidas *Marta la piadosa* y *El vergonzoso en palacio*. Fray Gabriel Téllez había alcanzado la madurez como dramaturgo, destacando por su vena cómica. Sin que falten tragedias, autos sacramentales, comedias históricas o hagiográ-

ficas, en su repertorio predominan las comedias palatinas y las de capa y espada, subgéneros ambos donde el mecanismo del enredo es primordial. El editor afirma rotundo que «*Don Gil* ofrece el más perfecto ejemplo de la fórmula *comedia de enredo*» (36), y para demostrarlo analiza con sagacidad sus elementos dramáticos. La caracterización del personaje protagonista es esencial; su extraordinaria eficacia en las tablas se debe al uso de su ingenio, que le lleva a adoptar tres personalidades distintas (doña Juana-don Gil-dña Elvira), quedando siempre por encima del resto de las *dramatis personæ* y haciéndose cómplice del espectador. La obra es una gran quimera donde se armonizan poesía, música, comicidad, ingenio, enredo, amor, celos, danza, lances de espadas... Ya se nos advierte que como comedia que es fue concebida para la representación antes que para la lectura. El lector actual tiene que hacer un esfuerzo suplementario para captar la enorme dramaticidad del texto, de ahí que con buen tino Florit Durán escoja las escenas de la danza de la huerta (acto I) y de la sucesiva aparición de don Giles (acto III) para ir desmenuzando sus características y su efectividad sobre el escenario.

Las «Actividades» que clausuran el volumen están al servicio del estudiante de literatura, y son variadas: control de lectura, propuesta de trabajos literarios y lingüísticos, comentario de un texto, etc. A destacar el epígrafe «Otros textos, otras sugerencias» (227-234), donde se invita a relacionar la lectura de *Don Gil* con otros fragmentos de enorme interés ahí transcritos: unos versos de *El vergonzoso* donde se define y elogia la comedia nueva; el párrafo de *Cigarrales de Toledo* que refiere el fracaso del estreno de *Don Gil*; un pasaje de *La villana de Vallecas*; y también una parte del *Tratado contra los juegos públicos* del jesuita Juan de Mariana, donde se censura la costumbre de sacar a escena mujeres disfrazadas de varón, justo uno de los resortes más empleados en *Don Gil*. Estamos, en resumen, ante un libro que aúna su innegable utilidad en las aulas con el rigor científico de una edición bien hecha, bien anotada y bien prologada. El prof. Francisco Florit Durán ofrece una nueva prueba de su saber hacer tirsiano, contribuyendo con su trabajo a la mayor divulgación de la obra de Gabriel Téllez, que en definitiva es lo que importa.

Miguel Zugasti